

PRESENTACIÓN

David Sobrevilla

El uso figurado de la palabra «cultura», que tan importante nos ha llegado a ser, es en verdad relativamente tardío: aparece una vez en la antigüedad romana, en Cicerón, para luego desaparecer y volver a reaparecer después sólo en la Época Moderna —hemos reseñado esta evolución en «Idea e historia de la filosofía de la cultura», el primer artículo de este volumen—. Este surgimiento relativamente reciente del empleo figurado del vocablo cultura parece dar en principio razón a Heidegger, cuando sostiene¹ que el concepto de cultura sólo pudo aparecer sobre el suelo nutricio del pensar moderno, y que mucho de lo que hoy constituye su contenido —la filosofía, la ciencia, el arte, la religión, etc.— fue concebido antes de otra manera.

Mas luego de que a inicios del siglo XIX se formó el uso figurado del vocablo cultura en sus acepciones principales, esta palabra ha hecho una carrera triunfal que ha llevado a que actualmente tenga un significado claramente inflacionario. En este sentido comprueban melancólicamente y preocupadamente Helmut Brackert y Fritz Wefelmeyer lo siguiente:

Una simple mirada al uso de la palabra «cultura» —piénsese por ej. en numerosos vocablos compuestos como subcultura, cultura del tiempo libre, shock cultural, industria cultural y otros—, puede convencer de qué ampliación monstruosa y qué grado de diferenciación interna ha experimentado el campo objetivo (de la palabra cultura) o cuando menos su representación lingüística. No parecen existir límites para esta ampliación².

1 M. Heidegger, «Die Zeit des Weltbildes», en Id., *Holzwege*, Klostermann, Frankfurt am Main, 1950, 69-70. Cf. también M. Heidegger, *Nietzsche*, Neske, Pfullingen, 1961, I: 107-108, 179, 412, II: 49, 76, 107, 412, 424, 426-427.

2 H. Brackert y F. Wefelmeyer, «Einleitung» a *Kultur. Bestimmungen im 20. Jahrhundert*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1990, 7.

En nuestro artículo introductorio hemos tratado de ofrecer un catálogo mínimo de los usos más importantes de la palabra cultura hoy en día.

Pasando luego a lo que ella designa, hay que indicar que su contenido es estudiado actualmente por un conjunto enorme de disciplinas: la antropología, la sociología, el psicoanálisis, la arqueología, la pedagogía, la lingüística, la ciencia de la literatura, los *cultural studies*, entre otras más. También por cierto por la filosofía, aunque debe señalarse que su ocupación con la cultura tuvo lugar tardíamente. En efecto, la primera filosofía de la cultura propiamente tal sólo la encontramos a principios de siglo con el neokantismo. Sobre la evolución de la filosofía de la cultura en Europa e Iberoamérica también informa nuestro artículo introductorio.

Este volumen de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* dedicado a la cultura comprende trece estudios —lamentablemente no recibimos una colaboración a la que luego nos referiremos—. La gran mayoría de los autores son filósofos profesionales de distinta orientación y cada uno ha tratado de su tema con entera libertad —lo que explica que empleen el concepto de cultura en un sentido no siempre unívoco—. Por cierto, los artículos que ofrecemos no agotan el amplio temario de la filosofía de la cultura.

En nuestro artículo sobre «Idea e historia de la filosofía de la cultura» distinguimos entre una filosofía teórica y otra práctica de la cultura. Separamos después dentro de la primera entre la reflexión sobre la cultura y su crítica. Nuestro volumen únicamente comprende artículos dedicados a la primera —sólo en forma marginal realizan una crítica a la cultura los artículos de Ortiz-Osés y de Leopoldo Zea—. Y distinguimos, además, dentro de la reflexión sobre la cultura entre la analítica cultural y la dinámica cultural. La primera se ocupa del análisis de los elementos de la cultura, y la segunda, de sus procesos dinámicos.

Los artículos de la primera sección son de *filosofía teórica de la cultura*. Los dos primeros pertenecen al campo de la *analítica cultural*. El de Miguel Reale examina «El concepto de cultura, sus temas fundamentales». Luego de referirse a las acepciones del término cultura, el autor trata estos aspectos: «Cultura, espíritu y naturaleza», «La cultura desde la perspectiva del deber ser», «Estructura de los bienes culturales» y «Libertad y cultura». El artículo de José Lorite Mena analiza a su vez la «Estructura y mecanismos de la cultura», «Cultura/Estructura. Una composición de visibilidades», «Sistema, auto-organización, cultura» y «Mecanismos culturales y naturalización del orden».

Los dos trabajos siguientes están dedicados a la *dinámica cultural*. Andrés Ortiz-Osés se refiere al «Surgimiento y evolución de las culturas». Comienza por declarar que intenta delinear una historia simbólica de las culturas en sus arquetipos o configuraciones de sentido. Su recorrido va desde el fuego, pasando por el totemismo animal, el mana vegetal, las diferencias que separan a Oriente y Occidente, el logos del laberinto,

el alma y la cueva, la heterodoxia mística, razón o romanticismo, hasta llegar al eros cosmogónico. El segundo estudio, debido a Guillermo de la Peña, se refiere a los procesos de «Articulación y desarticulación de las culturas». Inicialmente da cuenta de las discusiones antropológicas sobre la variabilidad cultural, se refiere luego a las encontradas conceptualizaciones sobre el fenómeno nacional y, finalmente, a las repercusiones de estas disputas en el mundo intelectual iberoamericano, y a la persistencia cultural indígena.

Los cinco artículos de la segunda sección están consagrados a algunos problemas de la *filosofía práctica de la cultura*: los surgidos de la confrontación entre culturas, haciendo un énfasis especial en la interrelación entre España y América Latina, y entre el Occidente y las culturas marginales. Horacio Cerutti Guldberg se ocupa primero de los conceptos de «Identidad y dependencia culturales». Luego de realizar algunas consideraciones introductorias y de aproximarse históricamente al tema, el autor establece una noción de identidad ontológica y otra histórica, y se refiere después a cómo paralelamente se desarrolló en América Latina una preocupación por la experiencia de la alteridad. Por lo demás, encuentra que la pregunta por la identidad remite en último término a la realidad histórica y social en que la cultura se desenvuelve. Por ello mismo, habría que pensar la realidad críticamente y a partir de la propia historia.

El segundo artículo, que pertenece a Claudio Esteva-Fabregat, examina las nociones de aculturación y transculturación en antropología. Estudia primero el factor conceptual, la evolución y difusión en el marco de la aculturación, la aculturación y el cambio social y, por último, las disrupciones y desequilibrios de la personalidad que crean las relaciones de neoculturación.

Los dos artículos que vienen a continuación se refieren a la resistencia a la aculturación en el caso concreto de México y en el del Perú, Bolivia y Ecuador. «El indigenismo en México» es el objeto del estudio de Esteban Krotz, quien hace un amplio recuento sobre el tema desde la época de la Colonia hasta nuestros días. En forma semejante examina José Tamayo Herrera «El indigenismo en el Perú, Bolivia y Ecuador» en el siglo XIX, pero sobre todo en el XX. A estos dos artículos hubiera debido seguir otro que diera cuenta de cómo se formó a la vez en América Latina una corriente favorable a la aculturación, postura que estuvo representada en el Perú, por ejemplo, por el prohispanismo de grandes intelectuales como José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde y Raúl Porras Barrenechea, entre otros. Lamentablemente, este artículo no fue entregado.

Un último artículo que cierra este bloque es el de Leopoldo Zea sobre «Cultura occidental y culturas marginales». El maestro mexicano se refiere inicialmente a cómo es el logos un instrumento de comprensión y comunicación, pero que en el curso de la historia fue convertido en un medio para justificar los privilegios de una limitada mayoría humana: así sucedió con el logos helenizador, latinizador y occidentalizador, dando lugar a la crisis del logos y, hoy en día, a la revuelta en su contra.

La tercera y última sección trata de algunos problemas y perspectivas actuales de la filosofía de la cultura. Son cuestiones que siempre fueron difíciles pero que hoy se han tornado agudas, y un punto de vista que hoy parece inevitable al hablar de la cultura: la perspectiva biológica sobre la misma. Gonzalo Munévar escribe sobre «Relativismo y universalismo culturales». El autor distingue entre el caso del relativismo en la ciencia y el que se presenta en la cultura, defendiendo en ambos casos un relativismo que no sostiene que *todos* los puntos de vista sean igualmente válidos, sino que implica que *varios* puntos de vista puedan ser igualmente válidos.

Juan Carlos Scannone se refiere a «Normas éticas en la relación entre culturas». Según Scannone la razón humana posee como momentos el ser verdadera, recta y acertada, los que se corresponden con los trascendentales de lo real: la verdad, el bien y lo bello. La interrelación entre los tres momentos de la razón —y el interjuego de los trascendentales— «deben darse en toda interrelación ética entre las culturas». El sentido, la verdad, el bien y la belleza humanos son en opinión del autor de suyo universales, pero que se dan en forma situada en las culturas. No obstante, estos universales no se adecuarían plenamente a ninguna de ellas, sino que se concretarían en cada una de modo diverso. En cuanto humana toda cultura sería digna de respeto.

Finalmente, Carlos París se ocupa de «Cultura y biología. Génesis de la cultura a través de la evolución biológica». Para París existe hoy en día la necesidad de redefinir el concepto de cultura a partir de la evolución biológica; pero, al tratar de hacerlo habría que sortear el peligro de considerar al hombre como un ser aislado de la evolución y evitar, a la vez, el riesgo del reduccionismo biologicista. La metodología que el autor propone para cumplir esta tarea es: persiguiendo la filogenia de la cultura, tratar de detectar el modo en que los grandes aspectos del fenómeno cultural (la técnica, el lenguaje y el saber, la libertad y la proyectividad) brotan en el proceso de la evolución biológica.